

Son muchos los americanos que han decidido cambiar de vida sin esperar a la revolución. Para ellos, la revolución comienza todas las mañanas. Su felicidad es subversiva y prefigura un porvenir posible.

C. B. S.

Encuesta sobre el uso (masivo) de la droga en el Ejército norteamericano destacado en el Vietnam. Encuesta sobre la corrupción de la Policía neoyorquina: hay policías que venden las drogas que arrebatan a los menores en sus redadas. El programa televisado de la C. B. S. presenta también un reportaje sobre los Panteras Negras: éstos explican sus razones ante un auditorio de jóvenes blancos que aplauden frenéticamente. Uno piensa: no es más que la gran coartada liberal, las trampas que nos tiende la «tolerancia represiva». Al día siguiente, la C. B. S. le ofrece a usted la primera de una serie de emisiones sobre los Panteras Blancas: grupos de autodefensa que se arman contra la arbitrariedad policiaca y la amenaza fascista. «Es preciso que los vecinos de los barrios populares se autoorganicen para poder así prescindir de los policías profesionales».

La C. B. S. es propiedad de un señor riquísimo. Un día, este señor recibió una llamada telefónica; el vicepresidente Agnew le hacía la siguiente recomendación: «No es que pretenda que usted ponga en la calle a su reportero Untel, pero, ¿por qué no le sugiere que modere sus palabras?». Desde entonces, el propietario de la C. B. S. trata de demostrar que no se dejará intimidar por Washington. Los reporteros de la cadena tienen carta blanca. Nunca había seguido tanta gente los programas de la C. B. S. Los ingresos por publicidad han alcanzado un nivel record.

No es sorprendente, pues, que los jóvenes americanos que llegan a París consideren que Francia es un país mucho más policíaco y fascizante que los Estados Unidos. En Cambridge, en Berkeley, en 450 ciudades de la Unión, la prensa llamada «clandestina» llega a un total de cinco millones de lectores y se vende en todas las esquinas.



LA FELICIDAD COMO SUBVERSION

MICHEL BOSQUET

LA FELICIDAD COMO SUBVERSION

Dan

«El sistema está lleno de agujeros —dice Dan—. Uno ha aprendido a escurrirse por ellos; hasta que un día, por fin, te trincan».

Dan tiene veintiocho años. Es el único responsable de los tres boletines de información que difunde una emisora «rock»; boletines totalmente subversivos sobre el Vietnam, los sabotajes dentro de Estados Unidos, las guerrillas en Latinoamérica... Antes de dedicarse a este trabajo, Dan estuvo parado, y antes de estar sin trabajo fue teniente de alcalde de Detroit.

Si, teniente de alcalde de Detroit. Hace ya cuatro años de eso. Acababa de ser expulsado de una Universidad del Middle West por «agitador extremista». El recién elegido alcalde de Detroit fue quien le ofreció aquel puesto. ¿Cuál era su cometido? «Redactar los discursos del alcalde y encargarme de los informes. El alcalde necesitaba a alguien como yo, a alguien que no creyese en el sistema y que le dijese la verdad. Aquel era mi caso. Yo le explicaba al alcalde cómo se las arreglaba la Policía para sabotear su política, y cómo no servía para nada su programa de lucha contra la pobreza: no es posible ayudar a los pobres; tan sólo se los puede ayudar a organizarse para que ellos mismos solucionen sus problemas. No nos entendíamos demasiado mal el alcalde y yo».

Sorpresa del europeo. ¿Ese un izquierdista? ¿Dónde está la lucha de clases? ¿Dónde el enfrentamiento con el poder establecido? Calma. No estamos en Europa. ¿El poder? ¿Qué poder? En su país cualquier cosa se convierte en una seria amenaza contra la seguridad del Estado. La ocupación de la Sorbona provoca la caída del Gobierno. Aquí hay 51 Gobiernos: el de Washington está a dos, tres, cinco mil kilómetros y se ocupa casi exclusivamente de política exterior y militar. Usted puede hacer la revolución en Seattle u organizar una huelga general en Detroit sin que los otros 49 Estados se sientan mínimamente amenazados. El gobernador de Massachusetts sometió recientemente a votación una ley negando a Washington el derecho a alistar a ciudadanos de ese Estado para participar en guerras extranjeras. El Tribunal Supremo examinó la cuestión y dijo que «no». Y nadie se escandalizó en ningún momento. Usted puede ocupar una, dos, cuatro fábricas de la General Motors o de la General Electric. Pero hay decenas y decenas de fábricas como ésas a lo largo y ancho del país. ¿Dónde está la sede central, dónde el director general? Quizá en Nueva York: nadie puede asegurarlo. Y si surgen demasiados

problemas en Illinois o en Michigan, no tiene más que trasladar la fábrica a Georgia o a Carolina del Norte. Su país es muy pequeño; por eso está centralizado el poder. Esto es un continente. Tenemos un Gobierno federal, un Gobierno por cada Estado, un Gobierno por cada ciudad, cada uno con su presupuesto y sus impuestos. Cada ciudad tiene su propia Policía; cada Estado, su Ejército (la Guardia Nacional); usted puede vencer a uno de estos Ejércitos: quedarán los otros. No hay política económica federal; no hay más que una política presupuestaria y monetaria. No hay tal «plan»; no hay más que **lobbies**. ¿Y las agencias federales? Usted podrá reírse, pero las agencias están controladas por los **business interests** en vez de ser al revés. Ralph Nader nos lo ha demostrado. No tenemos carnet de identidad; para votar hay que hacer sólo una declaración de residencia. El poder está en todas partes y no está en ninguna; empapado y lleno de agujeros, igual que una esponja. Hasta que un día te trincan.

"Juche"

La Policía de Cambridge ha saqueado los locales de «Juche». «Juche» (palabra coreana pronunciada «yuchi») es un periódico «clandestino» que milita por todo tipo de autoorganización, autoadministración y autodefensa populares, en un estilo Panteras Negras, con derroche de frases del tipo de «A por los "polis" fascistas», «El poder para el pueblo» y una serie de explicaciones técnicas sobre las armas de fuego. «Juche» no había sido secuestrado ni prohibido.

Sin aviso previo ni mandato judicial, la Policía derribó a hachazos la puerta de la casa donde se hacía el periódico, se llevó a las siete personas que se encontraban allí reunidas, así como parte del «material» (una cadena de alta fidelidad y dos cachorros, que se los encontraron muertos al día siguiente), y destruyó todo lo demás, incluidas varias guitarras y cámaras. Cargo: posesión de narcóticos y de armas de fuego no declaradas.

Según los inculcados, los narcóticos y las armas de fuego no eran de su propiedad: la Policía no parecía tener nada contra el periódico; toda su rabia iba dirigida contra las «actividades comunitarias», de las que la casa invadida era el cuartel general, y en especial contra la «conspiración alimenticia» (Food Conspiracy).

La llamada «conspiración» no es más que un sistema de cooperativas por calles, cuyo desarrollo ha sido fulgurante: para liberarse de la «dictadura» de los super-

mercados y conseguir productos menos caros y de mejor calidad, los vecinos de una calle determinada hacen cada domingo una lista con lo que necesitan para la semana que va a comenzar. El lunes, los delegados de calle se reúnen y suman todas las listas. El martes por la mañana se va en microbuses a los mercados públicos para aprovisionarse; el mismo día por la tarde tiene lugar la distribución de víveres.

El trabajo lo realiza por rotación el total de los miembros de la cooperativa. Así surgen auténticas comunidades de barrio, de espíritu comunitario. Se les ocurren nuevas ideas: casas-cuna y guarderías cooperativas; huelga de alquileres; mercado público en el que los habitantes se intercambian libros, muebles, ropa. Se trata de demostrar que: «Si la gente se une, pueden crearse soluciones de recambio prácticas en este tipo de sociedad competitiva y mercantil, basada en la atomización del pueblo y en la que cada cual trata de enriquecerse a costa de los demás».

De ese modo se atacaba al sistema. Y el sistema reaccionó. La respuesta fue inmediata: los militantes de las cooperativas hicieron una colecta, y tres horas después de la irrupción de la Policía en el local donde se imprimía el «Juche» ya se habían conseguido 1.000 dólares para la fianza. Aquella misma tarde fueron los siete detenidos puestos en libertad.

A eso lo llaman el «movimiento». El «movimiento» es muchas cosas a la vez: el vicepresidente de un Banco, por ejemplo, que deja todo a los cuarenta años y se retira a un «kibbutz» de Vermont.

O bien al joven ingeniero especializado en turbinas, que gana 18.000 dólares al año, dimite y se inscribe en la lista de parados (lo que le proporciona 40 dólares semanales) y vive de sus ahorros (con 40 dólares por semana), como militante, porque todos los trabajos se le antojan idiotas y opresivos. Ted, doctor *summa cum laude* en física teórica, que trata de organizar a la población de una ciudad obrera contra la municipalidad corrompida, los caseros ladrones, los patronos que tratan de burlar al Fisco, el Estado que quiere trazar una autopista por todo el centro de la ciudad y construir torres de 15 pisos para «cuadros dirigentes» en lugar de las viejas viviendas para obreros.

El cerdo

El «movimiento» es también toda la contestación de la guerra del Vietnam. Los «hippies». Los Panteras Negras («la pantera es un animal que sólo ataca si es ata-

cado»). Los «hippies», que presentaron a un cerdo como candidato a la Presidencia y que cada vez que la Policía detenía al animal presentaban uno nuevo, arguyendo «Todos nuestros candidatos son iguales».

El «movimiento» lo constituye todos aquellos que se salen del «sistema», que lo rechazan, que rompen con la «sociedad opulenta». Los estudiantes. Los jóvenes obreros. «La mitad de los jóvenes obreros —dice Bill, que está «organizándose» una ciudad proletaria en la costa Este del país— lleva el pelo largo». La contestación estudiantil ha llegado hasta ellos si que en toda su vida esos obreros hayan conocido a ningún estudiante. Fuman «hashish» mientras trabajan. Acuden a la fábrica tres días a la semana, el mínimo: el mínimo para que no puedan pedirlos. Al cabo de seis meses desaparecen: se integran en la Naturaleza, viven en bandas, de sus ahorros; luego, otra vez a empezar. La primera vez que desfilaron entre ellos portando una bandera del F.N.L. pretendieron pegarnos. Pero les dimos una buena paliza. Al día siguiente nos reunimos con ellos y charlamos. Les explicamos cómo pegar a la Policía. Desde entonces nos llevamos muy bien.

El «movimiento» son esos miles de «colectivos» en los que cada cual trata de liberarse de las garras de la sociedad, de hacer una mera sociedad como es debido: soberana, fraternal, libre. Sin mediación organizativa. Sin jefes. Sin división del trabajo. Unión de teoría y práctica. «Revolución instantánea». Miran el sistema al revés, desde el punto de vista de la revolución ya hecha —cosi que todavía no ha ocurrido—.

«Utópicos. Parásitos. Pequeños burgueses». Pero, ¿quién es parásito en un país que se ceba a costa del sudor y la sangre de las tres cuartas partes de la Humanidad? Un país en el que una pequeña minoría de trabajadores realmente productivos es explotada miserablemente por todo un pueblo de «nababs», de especuladores, de accionistas, de exploradores de la Luna, de militares condecorados, de publicitarios de dentífricos sexuales, de parados, de cirujanos estrellas, de investigadores científicos inútiles para la Humanidad y disgustados consigo mismos. ¿Trabajar? ¿Para quién? ¿Para qué? Porque quince horas de trabajo a la semana bastarían si se eliminase el despilfarro, si se produjese y se distribuyese en función del principio: «A cada uno según sus necesidades».

Tras una larga discusión, un estudiante del Instituto de Tecnología de Massachusetts, en tercer año de «técnica y dirección de empresas», pregunta: «Explíqueme us-

ted, si puede, por qué para ellos todo está en función del margen de beneficios que deja; cómo es que sólo se preocupan por el capital». Nadie es capaz de responder a esta pregunta.

«¡Hemos comprendido!»

«Hace falta eso de vez en cuando —dice Mike—. Para desentumecer el espíritu. Un buen baño de "rock" que te conmueva en lo más íntimo. Que te devuelva de pronto al "magma" original y te permita darte cuenta, al volver a la superficie, de todo lo que de bárbaro y esterilizante tiene el sistema. Hay que provocar de cuando en cuando la virginidad del espíritu».

Mike es profesor de Economía en Harvard. Marxista. Hace diez años no había en Estados Unidos más que un solo profesor de Economía marxista: Paul Baran. Actualmente hay cuatro solamente en Harvard. En su lección de ayer, Mike quería discutir cierto pasaje de «La ideología alemana», de Marx, pero al cabo de veinte minutos los estudiantes se rebelaron; dijeron: «Vale, hemos comprendido. Pase a otra cosa». «Es lo mismo todos los años —dice Mike—: crees que vas a radicalizar a los estudiantes, pero los nuevos, los que acuden al primer curso, están ya más radicalizados que los que están en tercer año». «Visceralmente radicalizados —dice Mike—. Existencialmente refractarios al sistema. A éstos ya no podrán recuperarlos. Le llaman a uno reaccionario por menos de nada. ¡Hay que tener un cuidado!». Mike tiene veintiocho años.

Vive en una «comuna». La «comuna» la forman un grupo de familias que han decidido hacer todo en común. Las labores domésticas las realizan por turno. Esta tarde Dan cocina para diez personas. Mañana John cuidará de los niños. ¿Quién ha dicho que de los niños sólo se ocupan las mujeres? La casta masculina; la dominante. «Está muy claro —dice Kay—; desde la cuna, la madre que acaricia, mima, canta nanas, da de comer, limpia, cocina, se le presenta al niño como una criada. La inferiorización y la opresión de la mujer tienen ahí sus raíces. Todo eso se ha acabado: en nuestras guarderías, en nuestras casas-cuna, los hombres trabajan igual que las mujeres. El hombre tendrá que limpiar, mimar, dar de comer, cocinar. ¿Y la virilidad? Qué tontería: le abren a una la puerta, que además es semiautomática, pero dejan que cargue con paquetes de diez o más kilos. ¿La femineidad? "Bullshit": otro invento de los hombres para vender sus productos con publicidad sexista».



«Escuelas y leche, no cementerios ni napalm; traed ya a casa a los soldados»... Reivindicaciones pacifistas en Hyde Park, de Chicago.

Si se quiere terminar con la sociedad opresiva, hay que empezar eliminando cualquier forma de opresión en las relaciones con los más próximos a uno. Está claro. Si se quiere destruir el orden represivo, hay que aprender a vivir la libertad. Ya está bien de jefecillos: jefecillos en la fábrica, jefecillos en el hogar, jefecillos de sección, de organización, de partido. Fuera jefecillos. En Seattle, el Frente de Liberación marchaba muy bien hasta que los jefecillos de siempre pretendieron que las militantes se acostaron con ellos: organizaron un festival de «rock» y violaron a cuatro muchachas. Cien chicas fueron a pedir cuentas a los jefes, pero éstos se excusaron diciendo: «Son cosas que pasan. Además, no es para tanto». Pero nosotras no hacemos la revolución para que nos violen unos cuantos cerdos que se pretenden jefes. Eso es puro fascismo. El Frente de Liberación de Seattle no superó aquella crisis.

Para cambiar la sociedad hay que cambiar primero la vida; si no, después de la revolución, uno vuelve a hundirse en la mierda. Militad en un colectivo. En un «colectivo» del movimiento femenino de liberación, en los que las mujeres empiezan contándose unas

a otras sus vidas, sin omitir los detalles más íntimos. Psicoterapia de grupo, eso es. Hemos colectivizado la psiquiatría. ¡Sí, usted riase! La mujer lleva milenios oprimida y no va a liberarse con sólo escuchar a los profesores de marxismo y llenarse la cabeza de ideas. Sólo se liberará cambiando la imagen que tiene de sí misma, imagen refractada y amplificada por todo el universo social. Y cambiar su imagen es un trabajo, un trabajo que hemos de realizar por todas y cada una de nosotras, ayudándonos mutuamente. Después estaremos disponibles, disponibles para el establecimiento de relaciones equilibradas con el hombre: disponibles para cooperar en la transformación del mundo.

Esa es nuestra revolución cultural. ¿La China? ¡Formidable! Pero no me pida que grite «¡viva Mao!». Cuando Huey Newton —el ministro de Defensa de los Panteras Negras, un tipo estupendo—, cuando Huey Newton pronunció un discurso teórico con abundancia de citas de Marx, Lenin y Mao, con referencias a la negación de la negación, la transformación de la cantidad en calidad, los militantes negros le gritaron: «¡Fuera Marx, fuera Lenin, fuera Mao y fuera tú, Huey! ¡Ya no sabes hablar a tus

hermanos!». Y Huey pidió perdón públicamente; les dijo: «Tengo aún mucho trabajo que hacer; no he sabido darme a entender». El jefe carismático, el intelectual que lleva la verdad a las masas es algo que aquí no funciona, que no puede funcionar.

G. M.

«El movimiento» no simpatiza con los obreros. «Los obreros —dicen y repiten hasta la saciedad— son completamente reaccionarios». Para hacer esta afirmación no se basan en Marcuse: ocurre más bien lo contrario. Tienen las teorías más sorprendentes al respecto. Los Panteras Negras, por ejemplo, le explican a uno que la clase obrera tradicional —los trabajadores manuales de la industria— es una especie de clase descendente, privilegiada, totalmente integrada en el sistema: «No pueden llegar a ser revolucionarios: corren el riesgo de perder su empleo, su salario». Evidentemente, es sólo un punto de vista. Comprensible: tener un trabajo estable cuando se es negro es ciertamente un privilegio. En los «ghettos» negros, el índice de paro puede llegar hasta un 25 o un 40 por 100. Eso cambia todo: los que tienen un empleo estable (el de los negros es siempre precario) constituyen los pilares del sistema. El porvenir pertenece a esa masa marginada, permanentemente ociosa por culpa del sistema y que se beneficia de la asistencia pública (117 dólares por mes como término medio), también permanentemente; esa masa constantemente expuesta a la persecución de la Policía. He ahí el ejército revolucionario de mañana.

Otros hablan del «proletariado pos-industrial». ¿Por qué pos-industrial? Porque la industria ha dejado de crear puestos de trabajo. Y entonces el Gobierno (tanto el de Washington como el de los Estados, como el de las ciudades), que no desea ver a decenas de millones de ciudadanos en paro, toma el relevo: en la actualidad, el Gobierno emplea directamente a 16 millones de personas y a 12 millones más de modo indirecto en actividades por él financiadas, bien en la industria del armamento, bien en la burocracia.

Es verdad. Pero, de todas formas, ¿no existe, en cierto modo, una clase obrera (industrial)? Veamos cifras: la clase obrera constituía, en 1960, el 30 por 100 de la población activa; el 32 por 100 en 1965; en 1975 será el 30 por 100 del total. ¿Qué pasa entonces con este 30 por 100 de proletarios?, ¿dónde los colocamos? ¿No son ellos, en todo caso, quienes producen tanto lo necesario como lo

LA FELICIDAD COMO SUBVERSION

superfluo y ayudan a vivir a todos los parásitos, voluntarios o no?

Usted no entiende nada, me dicen: nuestros obreros no son revolucionarios como los europeos. Pongamos como ejemplo la huelga de la General Motors. ¿Cuáles fueron sus causas? Cuestión de sueldos. A nadie se le ocurrió exigir el «control obrero» como en Francia. Si, pongamos como ejemplo la huelga de la General Motors. El sindicato anunció que había acabado. El ministro de Trabajo, Schultz, dijo que «no era tan mala después de todo. La huelga sirve de desahogo para los obreros, quienes se dan ahora cuenta de lo bien pagados que están». El sindicato insta a los obreros a volver a sus puestos. Estos obedecen. Pero entonces se produce una nueva huelga en 25 fábricas de la G. M., y esta vez es una huelga como es debido, en la que se plantean una serie de exigencias como: reducción y control de los ritmos y velocidades de las cadenas de producción; climatización de los talleres; posibilidad de definir la composición de los equipos, etcétera. ¿No son esas reivindicaciones típicas del control obrero?

La última vez, en 1967, ocurrió una cosa parecida; después de cinco semanas de «huelga» oficial, los obreros de la Ford hicieron otra huelga, no oficial esta vez, de tres semanas de duración. El Gobierno envió a las tropas. El sindicato los abandonó. Pero nadie habla de esas cosas. La prensa califica a ese tipo de huelgas de «paros locales». Todos los años estallan nuevas huelgas en la industria automovilística con motivo de los cambios de modelo: los obreros rechazan los nuevos ritmos y la nueva composición de los equipos que integran las cadenas. Los dirigentes nacionales del sindicato les advierten que lo que hacen no es legal, que con su indisciplina sólo conseguirán torpedear el poder de su organización. «Vamos a negociar sobre vuestras reivindicaciones, pero primero tenéis que reanudar el trabajo». Las negociaciones se realizan a puerta cerrada, sin la presencia de los delegados locales, y al cabo de cinco o seis días los dirigentes nacionales salen de los despachos de los «managers» y anuncian triunfalmente: «Ya está todo solucionado». Nadie sabe qué es lo que se ha solucionado, pero no hay apelación posible.

Sólo restan las huelgas salvajes: nunca había habido tantas en los últimos treinta y cinco años. ¿Cuáles son los motivos que llevan a los trabajadores a estas huelgas? Los accidentes de trabajo causan al año 14.000 muertos y dos millones de heridos; los salarios reales son inferiores a los de 1965; no hay seguro de enfermedad ni



En la Universidad de Maryland, la Policía tuvo que reprimir las protestas estudiantiles contra la intervención norteamericana en Camboya.

montepío para la jubilación para el 28 y el 30 por 100, respectivamente, de los obreros; si su patrono cotiza en un montepío tiene suficiente poder como para que, si usted es expulsado de la empresa por cualquier razón, se quede «ipso facto» sin cotizaciones. Monotonía alienante del trabajo, ruido ensordecedor, ritmos de producción infernales, uso masivo de estupefacientes. Sabotaje del producto; durante el montaje se introducen pernos en las aletas del automóvil para destrozarlas; se introducen en el silenciador pieles de plátano que se pudren y huelen cada vez peor...

Pero los únicos que se preocupan de organizar a los obreros son los trotskistas, los antiguos trotskistas, una secta maoísta, y sobre todo la Liga de Obreros revolucionarios negros (marxista-leninista). La clase obrera americana no es

tan diferente de la europea como la pintan. Los que si son diferentes son los intelectuales americanos, quienes ofrecen un interpretación sistemáticamente reductiva de las reivindicaciones obreras y se esfuerzan increíblemente en demostrar que los trabajadores de su país están «integrados en el sistema». Todo lo contrario de lo que llevan haciendo los intelectuales europeos desde hace ciento cincuenta años.

Jack

Jack es un profesor bastante conocido. Siempre va en mangas de camisa. Camisa blanca. Pantalón caqui. «Hace dos años que no me pongo una chaqueta». En invierno lleva una especie de anorak.

¿Cambiar la sociedad? Natural-

mente. Pero mientras tanto, cambiar la vida. ¿Militar? Si sólo hacemos eso. Pero no como ustedes. Sin análisis, sin teorías, sin organización, sin directrices, sin esos maníacos, sin esos monstruos —aquí los llaman heavies— de la política, ¿sabe usted?, esos tipos completamente alienados, dispuestos a lo que sea, a las peores intrigas, a las jugadas más sucias, a las devociones más absurdas en nombre de la ortodoxia y la línea justa. Tipos de mierda, que lo estropean todo. Nos hemos desembarazado de ellos porque no dejan vivir a la gente. Aquí, militar significa ante todo cambiar lo que tienes más a mano, lo que depende de ti directamente: las relaciones entre los individuos en los «colectivos» de agitación, de calle, de escuela, de empresa, de barrio; colectivos que son lo que son, nada más, sin causa trascendental que sirva de pretexto para sacrificar y pisotear a los individuos. Si militar no significa construir desde ahora mismo relaciones libres, desprejuiciadas, fraternales, auténticas con los que nos rodean, entonces no vale la pena cambiar el mundo. Para cambiarlo tenemos que vivir ante todo de acuerdo con nuestras convicciones.

Por todas estas razones, el movimiento es a la vez tan profundo y tan falto de eficacia. No hay una continuidad; no hay ni el mínimo indicio de coherencia; la dificultad de lanzar una manifestación, una acción de masas, es evidente; faltan cimientos sobre los que construir y sólo así puede nacer una fuerza. Contra instituciones nada más, aisladas y frágiles. Ustedes sí que deberían intentar algo parecido en Europa, porque tienen a sus espaldas siglo y medio de teoría de clases, de lucha de clases, de politización. No les vendría mal a ustedes los europeos un poco de revolución existencial. Como tampoco a nosotros nos vendría mal un análisis coherente, una organización, una continuidad: de no ser así, nunca aprenderemos en la clase obrera industrial.

Este año que comienza, Jack mantendrá un «colectivo» compuesto por cinco personas. Recibirá un sueldo íntegro de profesor. Y tendrá por fin «su» universidad: una que está organizando en unión de varios camaradas en un «barrio» obrero (200.000 habitantes) de Nueva York. Será la primera universidad de la barriada. Se montará con fondos públicos, por lo que será una «universidad popular». ¿Que qué disciplinas se enseñarán? La revolución; es decir, la historia del movimiento obrero y revolucionario, historia de los países socialistas, economía, sociología del trabajo... En ella se formarán asistentes sociales y médicos, especialistas en higiene pública, urbanistas, etc. Por las tardes (es de-

cir, a partir de las seis), la universidad abrirá sus puertas a los adultos, que tendrán acceso a las salas de lectura y de proyección, que podrán solicitar debates sobre temas determinados, así como la apertura de seminarios; que verán películas interesantes; que podrán aprender oficios: carpintería, electricidad, mecánica automovilística, puericultura, etc. Muchos de los docentes (obreros, artesanos, médicos) prestarán sus servicios gratuitamente.

No habrá exámenes, ni diploma de fin de carrera, sino más bien un trabajo realizado en equipo y que tenga relación directa con la realidad inmediata. Por ejemplo: «Naturaleza, causas y principales responsables de la polución en Long Island».

Lo esencial, dice Jack, es que la gente pueda aprender lo que realmente le interesa. Si no, dejarán de venir. Aquí hace ya tiempo que no se estudia con el único y exclusivo fin de «trepar por la escala social»; eso ya se acabó. Ahora se estudia para poder encontrar un trabajo cualquiera, que no sea demasiado estúpido, y que en la mayor parte de los casos no tiene nada que ver con lo que uno ha estudiado. De todas formas, uno sabe de antemano que no podrá realizar un trabajo de acuerdo con su categoría intelectual. De todos modos, sean cuales fueren sus títulos y diplomas, es muy probable que usted conozca el paro: entre los jóvenes hay, según cifras oficiales, un 17 por 100 de parados. Así es que, como los estudios realizados no le garantizan a uno una «carrera», lo que importa es que sean interesantes.

Precisemos: el 77 por 100 de los jóvenes terminan la **high school** (contra un 10,5 por 100 en Francia); un 45 por 100 de los jóvenes van a la universidad o a un instituto técnico (el 30 y el 15 por 100, respectivamente). Sólo una tercera parte de los estudiantes universitarios es eliminada (o abandona) durante los tres primeros años. Así, pues, sólo un 20 por 100 de los jóvenes salen diplomados de la universidad, más el 15 por 100 que obtiene un diploma técnico superior. ¿Y qué hacen luego? Cualquiera cosa, trabajos manuales incluidos.

Actualmente, el 47 por 100 de los obreros son diplomados de alguna **high school** (contra el 32 por 100 de hace diez años), lo cual supone un porcentaje muy elevado. Inversamente, más de la mitad de los ocho millones de estudiantes del país se ganan la vida realizando trabajos muchas veces manuales. ¿Barreras de clase? Sí, en efecto, pero cada vez menos.

Sociedad paralela

La Policía detuvo a la banda de

Steve, que iba de un lado para otro en el carricoche de aquél. Los detuvo sin razón alguna. Un policía se embolsó el carnet de conducir de Steve, al tiempo que le metía hashish en uno de los bolsillos. Steve fue acusado allí mismo de carecer de carnet de conducir y de estar en posesión de droga. Steve pidió hablar con su madre. «Sabes perfectamente, mamá, que tengo permiso de conducir. Y sabes que no me drogo». «Los señores saben muy bien lo que dicen», contestó la madre del muchacho, desentendiéndose del asunto. La Policía no se atrevió luego a encerrar a Steve, y éste no volvió nunca más por su «casa».

En un año solamente, un millón de adolescentes han abandonado sus hogares para integrarse por algunas semanas o por algunos meses en la sociedad paralela: una sociedad que ha eliminado las reglas, los valores tradicionales, el estilo de vida oficial. Bandas enteras que viven de una semi-mendicidad, de la música, del artesanado, de la agricultura; pero también comunas urbanas o rurales, calcadas de los «kibbutzim»: colectivismo íntegro, igualdad absoluta, rotación de todas las tareas. Un «koljós» de musulmanes negros, en Georgia, que no hace más que almacenar víveres (y hay quien dice que armas); el «koljós» debe servir de base a los combatientes del ejército popular cuando estalle la próxima guerra civil. Comunidades urbanas, negras y portorriqueñas especialmente, marginadas por el paro permanente y sin esperanzas, en las que surgen de forma espontánea iniciativas comunitarias: casas-cuna, guarderías y escuelas gratuitas de cuyo funcionamiento se encargan por rotación los integrantes de dichas comunidades, quienes, de todos modos, viven de la asistencia pública; clínicas gratuitas con el concurso de médicos en rebelión contra la medicina liberal y de pago; almacenes de distribución e incluso, desde hace poco, fábricas, constituidas con ayuda de fondos públicos (y a veces préstamos bancarios) y bajo el control directo de la comunidad, quien decide, en asamblea libre, en qué capítulos invertir el dinero procedente de la plus valía (o «beneficios»). ¿Quién dirige estas comunidades? Líderes naturales; militantes politizados; curas o pastores; Panteras Negras. Una vez lanzado el movimiento, la comunidad reivindica el derecho a organizar su propia fuerza de policía, de dirigir los programas de enseñanza, los hospitales, los fondos de asistencia pública: en una palabra, pide el poder.

Sociedad paralela también en cierto modo: los 12,7 millones de americanos beneficiarios de los fondos de asistencia pública. Estos no representan más que una fracción de los 35 a 56 millones de pobres

LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V.



PALMIRA TÚ NO ESTÁS ENFERMA. TUESTAS NEURÓTICA Y YO SÉ LA CAUSA DE TU ENFERMEDAD, ES EL FRENESÍ SOCIAL, LA AVARICIA EXPLOTADORA DE LA SOCIEDAD DE CONSUMO QUE NOS SUCCIONA COMO SI FUÉRAMOS, Y LOS OMOS, LAS UBRES DE SU PROSPERIDAD...



...NO, NO, NO HAY RESPUESTAS POLÍTICAS NI REVOLUCIONARIAS A ESE DESAFÍO. LO QUE HAY QUE HACER ES HUIR, HUIR. MARCHARNOS AL NEPAL. ABANDONAR. QUE GOBIERNEN ELLOS. QUE INTEGREN ELLOS. QUE REPRIMAN ELLOS...



...ALLÍ EN EL NEPAL PASAS CON MIL PESETAS AL MES. VIVES DE VEGETALES Y LECHE DE BURRA. UNACASITA, UN PRADO, POR DONDE CORREN RIACHUELOS VÍRGENES Y SI TIENES SUERTE YERES AVISPADO...



...MONTAS UN NEGOCIO DE COMPRA VENTA DE PIELES CON ALGÚN SOCIO EN ESPAÑA Y TE FORRAS EN DOS DÍAS, MACHO.

LA FELICIDAD COMO SUBVERSION

auténticos, que sufren de subalimentación. En efecto, no en todos los Estados de la Unión tienen tan fácil acceso los pobres a los beneficios de la asistencia pública como en Nueva York: cerca de dos millones de beneficiarios de un total de ocho millones de habitantes.

Se tiene derecho a recibir asistencia pública cuando se ha perdido el seguro de paro. Paro actual: 4,5 millones de personas (el 5,8 por 100 de la población activa). Entre ellas, 300.000 del millón y medio de obreros del automóvil; 60.000 (que pronto serán 80.000) de los 105.000 obreros de la Boeing en Seattle; un número creciente de cuadros dirigentes (20.000 sólo en Nueva York), ingenieros y especialmente investigadores, ya que los créditos (militares) al desarrollo de la investigación han descendido de 42.000 millones de dólares en 1968 a 27.000 millones, presupuesto para 1971. El empleo de ingenieros e investigadores ha disminuido en un 60 por 100 en un plazo de diez años. La mayor parte de las universidades no sólo no ofrecen nuevos puestos, sino que despiden a muchos de los jóvenes «doctores» que hasta ahora habían estado trabajando en ellas.

Otro estrato aún más profundo de la sociedad paralela: las «conspiraciones», los «criminales de paz», los saboteadores, los militantes infiltrados entre la Policía. Steve recibió su «dossier policiaco» por correo; sin una explicación. Dave se encontró su «dossier» a la puerta de su casa. Bravo, muchachos. Se ha conseguido poner fuera de servicio una fábrica atómica del Ejército: los cables de alta tensión, enterrados, habían sido objeto de un sabotaje. Trabajo de especialistas. Una fábrica de montaje de cazas a reacción estuvo varias semanas paralizada: alguien dinamitaba en pleno campo los camiones encargados del transporte hasta la fábrica de determinadas piezas esenciales. Pero ni una palabra de todo ese asunto en la prensa. Ni una detención. Dos de los dinamitadores de camiones se presentaron voluntariamente a la Policía local: querían que se incoase un proceso; deseaban que se diese publicidad a todo aquello. Los policías hicieron como si no supiesen nada de nada: «No estamos al corriente de lo que ustedes nos cuentan. Váyense».

«Weatherman» (Mao), organización nacida de la S. D. S. estudiantil, que se considera un destacamento de la lucha armada en el Tercer Mundo. «Conspiration», integrada por científicos. Grupos ultraclandestinos de saboteadores aún desconocidos por el F. B. I. Tres mil atentados con explosivos en nueve meses. Una veintena de grupos de «criminales de la paz» que asaltan las comisarías del F. B. I. y destrozan los ficheros; entran en

las oficinas del servicio militar selectivo y destruyen los archivos. Algunos de estos grupos son católicos: la «Conspiration de la Costa Este para el salvamento de vidas humanas», compuesta por curas, monjas y fieles.

Las «conspiraciones» católicas fueron ideadas por dos jesuitas: los hermanos Berrigan. Uno de ellos, Phil, fue hecho prisionero por la Policía durante un asalto. El otro, Dan, pasa entonces a la clandestinidad y, acogido y mantenido oculto por universitarios y curas, va de ciudad en ciudad, concediendo entrevistas a la prensa, escribiendo artículos, pronunciando conferencias en anfiteatros totalmente abarrotados. Trescientas veinte personas (entre ellas 80 sacerdotes) se declaran coautores de los mismos «crímenes» cometidos por Berrigan, en un manifiesto claramente inspirado en el de los 121. Hasta que se consigue detener por fin a Dan Berrigan el pasado mes de agosto.

¿Sabe usted por qué la cafetería de la universidad de Vermont ha tenido un déficit de 10.000 dólares en el último semestre? Pues en la investigación realizada se descubrió que los estudiantes albergaban y alimentaban clandestinamente, saqueando la cafetería, a toda una serie de fugitivos.

Jim

El sistema ya no funciona como es debido, dice Jim, pero no sabemos aún cómo acabará. Alzamiento de las poblaciones de «ghettos» y guerra civil; explosión de la clase obrera negra y blanca y guerra civil; revolución en unos cuantos Estados y guerra civil; fascismo y guerra civil; crisis económica, crisis militar; pudrimiento y descomposición de la sociedad capitalista, derrota del imperialismo, propagación y triunfo de la contrasociedad. O quizá todo al mismo tiempo.

Jim se prepara para esa revolución. Metódicamente. Sin excluir ninguna posibilidad, ninguna fuerza virtual de subversión. Jim era una personalidad en el «establishment». Empezó en la Rand Corporation, donde se dedicaba a traducir en ecuaciones la red de defensa antiaérea avanzada de Estados Unidos. Los generales del Pentágono le llamaron, le pidieron que se presentara con todo su equipo; para expresar en ecuaciones los programas de bombardeo del Vietnam del Norte. No había en Estados Unidos otro **system engineer** de la categoría de Jim. Pero un día nuestro hombre dejó todo plantado, decidió que en adelante pondría toda su ciencia a disposición del pueblo, como organizador voluntario de las comunidades oprimidas: «ghettos» negros,

Cardigan
en ULTRAPAN
inarrugable,
con menguados.
Colores
de gran moda.

Media pantalón
ultrafina,
especial
para minifalda
con talones
menguados.

La
moda
luminosa
de
faro

PRIMERA MARCA NACIONAL
Jerseys - Bragas - Pantys - Medias - Calcatinas





Llegaron en bicicletas, protegidos con pañuelos, para manifestarse contra la contaminación atmosférica, en Sacramento (California).

suburbios blancos, barriadas de inmigrantes, de obreros, de parados.

El progreso era lento, pero seguro. Pero Jim no es el único en haber adoptado una decisión semejante. Tenemos también a Paul, por ejemplo. Paul fue expulsado de una universidad californiana por haberla ocupado en unión de los estudiantes. ¿Y sabe usted dónde ha encontrado después trabajo? En Washington, en la agencia federal para la lucha contra la pobreza. Con ayuda de los fondos federales, Paul ha conseguido organizar una granja colectiva de 2.200 hectáreas, un auténtico «koljós».

Bob trabajaba en la misma agencia y abrigaba desde hacía tiempo una gran idea: ¿por qué todas esas comunidades marginadas por el sistema y que intentan organizarse en contrasociedad no se valen de los fondos públicos de asistencia para producir todo lo que el sistema es incapaz de producir? No sólo servicios o equipos, sino también productos. Ese tipo de productos que el capitalismo «opulento» se niega a fabricar: ropa que no se desgasta; bombillas que no se funden; conservas sin porquerías químicas; bonitos juguetes hechos con amor... Cabría llamarlos «productos Liberación». Sería una cuña ideológica en el mercado capitalista. Se educaría al público y al mismo tiempo se conseguiría una autonomía económica.

Un día, Al decide fundar una nueva ciudad. Esto es algo que se ha repetido a lo largo de la historia americana. Pero, esta vez, la nueva ciudad será como una ilustración de todo lo que el capitalismo no

puede ofrecer y que sí aportará, en cambio, la revolución. Abolición de la propiedad, salvo en el caso de los objetos de utilización personal inmediata. Nada de coches individuales, sino transportes gratuitos y una flota de automóviles comunales a disposición de todos. Gratuidad de todo lo necesario, que la propia comunidad se encargará de suministrar, pero dotación de dinero de bolsillo para imprevistos. Tampoco estímulos materiales individuales, sino, por lo menos al principio, interés colectivo por la productividad. Ningún tipo de jerarquización de las tareas: se evitará, igual que en China, que los trabajadores más calificados ocupen los puestos de responsabilidad. Abolición de los métodos y las técnicas de trabajo embrutecedores para el hombre: producir hombres es más importante que producir cosas. Rotación de los trabajos ingratos. Abolición de la escuela separada de la vida: la educación y el trabajo deben ir parejos. Nada de profesionales de la enseñanza; todo el mundo enseña y todo el mundo aprende. Y esta enseñanza y este aprendizaje, alternativo o simultáneo, debe ser permanente.

¿Sueños nada más? No: se está ya estudiando la compra de los terrenos. Unos terrenos lo suficientemente extensos como para que los habitantes de la ciudad puedan producir sus propios alimentos. ¿Los precios de venta al público? Insuperables, porque no estarán gravados con los costes «opulentos» de los directores generales y de los cuadros; coste de la publicidad y del Cadillac del director; coste de la burocracia, de la Policía, de

los jefecillos. Pero habrá una plus valía sustancial. Los barrios (entre 20 y 50 barrios de entre 800 y 3.000 habitantes) decidirán de la utilización de la plus valía en asamblea libre. Una parte de la plus valía servirá obligatoriamente para subvencionar otras experiencias comunitarias.

¿Pura utopía? ¿Capitalismo comunal? ¿Terminará el sistema por aplastarnos? ¿Nos recuperará? ¿Intentará pisarnos? Son auténticos riesgos que es absurdo subestimar. Pero lo que sí es cierto es que no seremos nosotros mismos los que nos aislemos. La nueva ciudad será un foco de agitadores de todas las razas y todos los orígenes sociales, que acudirán allí donde su presencia resulte necesaria. Y será también un arma de subversión ideológica. Aquí nadie sabe qué es el socialismo; cuando se menciona esta palabra, la gente piensa siempre en Rusia. La propaganda política no sirve aquí de nada. Y, sin embargo, las cosas marchan bastante bien; hay toda una serie de tentativas comunitarias para inventar una contrasociedad, para hacer lo que el sistema es incapaz de realizar, para escapar a su opresión, a su absurdo. Nosotros les ofrecemos un modelo de referencia práctica a todas esas masas de negros, de portorriqueños, de jóvenes. No se les convertirá al socialismo con la teoría, sino con la lucha y con el ejemplo. ¿Que el sistema tratará de someterlos? Claro. Y hasta podríamos decir que es necesario: la historia avanza cada vez que se entabla una lucha frontal. Sólo hace falta que cuando se produzca por

fin el choque nosotros hayamos conseguido algo irreversible.

AI

¿Un programa? Claro que hace falta también un programa, dice Al. Pero está ya más que elaborado. Al echa mano de un montón de «Congressional Records», donde, a lo largo del año, quedan registradas las feroces reclamaciones y denuncias de los senadores «liberales». O reformistas, si lo preferís. Al conoce a la perfección su mecanismo interior: ha trabajado en Washington para uno de esos senadores. La gente se entera cada vez de más cosas. Que el 10 por 100 de los americanos ricos ganan tanto como los 100 millones de ciudadanos que constituyen la base de la escala social. Que un 1,6 por 100 de ciudadanos posee el 80 por 100 del capital en acciones. Que la renta de estos afortunados representa la cuarta parte de la renta nacional. Sí, la cuarta parte. Que las desigualdades siguen siendo tan estrepitosas como hace veinticinco años. Que hay un déficit de veintiséis millones de viviendas y que la crisis de la vivienda no cesa de agravarse: los programas federales derriban más viviendas populares (por aquello de la «renovación urbana») de las que financian. Que en lo relativo a la salud e higiene públicas, medidas en mortalidad infantil, los Estados Unidos han retrocedido, en diez años, del décimo al octogésimo lugar. Que el 9 por 100 del agua llamada potable no lo es. Que sería necesario movilizar urgentemente una cantidad de ciento sesenta mil millones de dólares en diez años a fin de asegurar el aprovisionamiento de agua potable para las poblaciones, cuando en la actualidad no se gasta ni un millar de millones.

Y también que los monopolios son auténticos saqueadores del planeta. Piratas fabricantes de chucherías con que envenenan al pueblo. Que las comisiones federales de control son un pitorreo, ya que los supervisores están directamente controlados por los monopolios. Que, como dice Galbraith (en «Who needs the Democrats»), no hay que tenerle miedo a la nacionalización cuando «lo que necesitamos es el socialismo». Que la cuestión no está en producir más: ¿producir qué?, ¿para qué?, ¿según qué criterios? Que es necesario garantizar unos ingresos de subsistencia para todo ciudadano, en lugar de vincular el ingreso a un trabajo. Que no hay que oponerse a las revoluciones comunistas en el Tercer Mundo.

Ahí está el meollo de todo un programa «nacional», dice Al. Esta



Foto: Mespora-Libla

COMERCIO DE MARCAS

No diga que el mundo debe ser mejor. Hágalo. Hágase socio de la Cruz Roja.

Para los hombres de la Cruz Roja lo importante es ayudar. Ayudar a alguien que no han visto nunca, que no conocen, sea quien sea.

Sin recibir nada a cambio. Sólo la íntima satisfacción de hacer positivamente, con sus hechos, un mundo mejor y más humano.

Si usted comprende nuestra vocación, si es de los que cree que la forma más positiva de hacer un mundo mejor es haciéndolo hoy, ahora puede colaborar también con la Cruz Roja, haciéndose Socio.

Por bastante menos de lo que paga por un aperitivo - la cuota única de socio es de 25 pesetas mensuales - podrá tener la íntima satisfacción de pertenecer activamente a esta humanitaria Institución.

La Cruz Roja, como Institución Internacional y totalmente independiente de toda ideología, subsiste gracias a las aportaciones que le hacen las personas que comprenden su positiva labor para hacer un mundo más humano.

Ojalá no tenga que recibir nunca nada a cambio. Pero ayudará de una forma positiva a que muchos lo reciban.

No diga que el mundo debe ser mejor. Hágalo. Hágase socio de la Cruz Roja.

Rellene, recorte y envíe este cupón a la «Cruz Roja Española», Apartado 6053 - Madrid.

Deseo formar parte de la Cruz Roja Española, por lo que me ofrezco como socio-colaborador de la misma.

Ruego procedan al cobro de la cuota mensual, de pesetas 25, mediante:

Pago trimestral de Ptas. 75' -
 semestral " " 150' -
 anual " " 300' -

A efectuar por medio de:

Cheque adjunto
 Recibo, domiciliando el cobro
 a través de Banco o Caja de Ahorros

(Banco: _____)
 (Caja de Ahorros: _____)

D. _____
 domicilio _____ Tel. _____
 en _____

Firma: _____



Cruz Roja Española

LA FELICIDAD COMO SUBVERSION

gente trabaja para nosotros. Tenga usted en cuenta que representan el 37 por 100 de los votos. Dan esperanzas al pueblo para llenarle luego de decepción. ¿Cómo van a poder realizar sus reformas? ¿Con qué instrumentos de poder? ¿Con qué medios financieros? ¿Qué instituciones les cabe aplicar? ¿La burocracia federal? ¡Vamos, sería una broma! ¿El Gobierno de los Estados y ciudades? ¡Corrompidos como están! ¿A las órdenes de los monopolios, sin poder de decisión sobre ellos? Seamos serios. El reformismo burocrático, de alto nivel, es un sueño de europeo. Los reformistas sólo son útiles para una cosa: para plantear los problemas, sin resolverlos. Problemas, por otra parte, cada día más dramáticos. El sistema no da más de sí. En cualquier hipótesis, no logrará rebasar este siglo. No sabemos cómo haya de desmoronarse, pero nos consta que no es ya viable. Y que cualquier solución, como tan clarivamente lo han sabido ver los Panteras, pasa por su divisa: «Todo el poder al pueblo». Se trata de mostrar concretamente qué es lo que esto significa, y que ella es perfectamente hacedero.

Cannopolis

Encuesta televisada de Ralph Nader sobre Cannopolis (Carolina del Norte): 39.000 habitantes, todos ellos arrendatarios de Cannon Mills (hilaturas de algodón), todos ellos trabajadores por cuenta de Cannon, empresario único. De sindicatos, nada. Los salarios más bajos de Estados Unidos. Nada de impuestos municipales. Cannon lo paga todo: particularmente, la Policía de la población. Nada de seguros de enfermedad. Uno de cada tres o cuatro obreros padece bisnosis, enfermedad (mortal) de los operarios del algodón. Un hombre cuenta que, el otro día, en medio de su trabajo, se volvió ciego repentinamente. El médico de la fábrica le prescribió compresas. Las pagó de su propio bolsillo. Tras cinco horas de compresas, recuperó la vista. Al día siguiente debió reanudar su trabajo.

—¿Pero el médico no ordenó que fuera examinado?

—No, señor.

El promotor de la encuesta interroga al director de los servicios responsables de la salubridad en los establecimientos de Carolina del Norte:

—¿Qué hacen ustedes con las empresas que no cumplen el reglamento?

—Les instamos a que lo cumplan.

—¿Cómo?

—Mediante la persuasión.

—¿Y si la persuasión no da resultado?

—Nuestra misión no consiste en imponer, sino en persuadir.

—Enséñeme el informe de Cannon.

—No, señor.

—¿Cómo que no señor?

—No, señor: es confidencial.

U. S. A.

Phil ha tenido una luminosa idea: entrevistar a los grandes directores-gerentes de la industria electrónica y formularles a todos las mismas preguntas:

«¿Es usted feliz? ¿Está satisfecho de lo que hace? ¿Es esto lo que soñaba cuando tenía dieciocho años?».

A menudo charlan durante dos horas. Cínicos mientras son jóvenes («Lo que yo quiero es "pasta" y la gano»), vencidos cuando sortean la cuarentena; a los cuarenta años se encuentran desfondados; con úlcera de estómago; un rendimiento decreciente; con los colaboradores que les dejan en la estacada; en la alternativa de tener que elegir entre la dimisión, el bajón en la escala de mando o el despido con indemnización.

¿Sabe usted de dónde me vino la idea de estas entrevistas? Nada menos que de Lyndon B. Johnson, ex Presidente de los Estados Unidos, que escribió, cuando aún se hallaba en activo (léase «Presidential Papers», 1967), lo siguiente:

«El director-gerente es ese tipo que se levanta con el alba, trabaja hasta la medianoche y pesca úlceras de estómago buscando la manera de ganar una prima, interesar al personal en los beneficios, construir una trampa caza-ratas mejor y más económica o competir con sus colegas at home y en todo el resto del mundo...»

«Después está el obrero, que empieza a las ocho de la mañana y trabaja hasta las cinco de la tarde, que dispone de veintisiete segundos para colocar un determinado número de remaches en este coche o aquel avión. Si no lo logra en esos veintisiete segundos, el coche o el avión se aleja llevado por la cadena con uno o dos remaches de menos».

Y esto es algo que hemos podido comprobar todos en nuestros automóviles. Pero ese pobre diablo sólo dispone de dos pausas durante su larga jornada de trabajo para tragarse todo lo más una taza de café.

Es obrero y, como tal, espera beneficiarse algún día de una pequeña pensión, comprar una casa donde poder retirarse con su mujer cuando llegue a viejo. He ahí su gran sueño. Sus hijos marchan a la guerra para defender el sistema...

El capitalista, el director-gerente y el obrero son los tres pilares de la libre empresa. ■ M. B.

La Capilla siXtina

FUTBOL FEMENINO

Existe una universal campaña pro extensión de la práctica del fútbol femenino. Como en el terreno del deporte no hay fronteras ni ideologías, las señoras Nixon y Kosyguin trabajan en la confección de dos equipos de fútbol femenino. Una vez constituidos los dos equipos, entrenados por Ferenc Puskas el occidental y por Yashinne el oriental, disputan un partido en Wimbledon para recaudar fondos con destino a la Santa Infancia. Una gran expectación envuelve las gestiones de las respectivas primeras damas de Oriente y Occidente, el fútbol femenino se ha convertido en bandera y, pese a la opinión de algunos médicos, las mujeres consideran que pueden jugar al fútbol. Según ha dicho clarísimamente lady Patricia Redgrave en el mitin de Southampton: «El exclusivismo futbolístico del macho es la última supervivencia del exclusivismo varonil en el Reino Unido». Desde la prensa de izquierdas de Suiza se ha planteado la contestación a lady Redgrave. «Nos parece más lacerante el exclusivismo "de facto" que el varón ejerce en campos más determinantes de la praxis humana». El señor Lefebvre promete la redacción de un estudio sobre la cuestión: *Le Futbol et la feminité*, libro que será contestado por Partero y Devault, S. A. de Contestaciones. Se teme que la más iconoclasta de las asociaciones españolas sea capaz de enviar a Lefebvre unas bragas de ex liganta del Fornos.

Las más apacibles damas, jamás preocupadas por la ley de sílicas de este mundo, se aprestan a la defensa de su derecho a jugar al fútbol. Las hay que se consideran con un tipo muy adecuado para centro campistas: finas, algo altas, con la pierna larga para la zancada y el tobillo grácil para matizar el paso medio. Otras relacionan su anatomía apabullante con las funciones del delantero centro, y las pequeñas y nerviosas optan a la función de «secantes». No faltan las que aseguran que su intrepidez y poderosos rifones las conducen fatalmente a la mixtura de defensas laterales con arresos de extremos circunstanciales, en vertiginosa «pared» con el extremo titular. El tema de las atribuciones futbolísticas conmueve a la femineidad de Occidente.

Según comentaba Menelao el Areopagita en la *Revue des Recherches* presque inútiles: «Asistimos al inicio de la regresión del feminismo en Occidente. El Welfare State palmea de gazo cuando las mujeres dejan de pedir igualdad histórica plena y se limitan a pedir igualdad futbolística». En

cuanto al sociólogo de protesta Joan Serratell Molins, afirmaba categóricamente que la semanticidad de la mujer futbolística se correspondía a la de las luchadoras de «catch». Se rumorea que el tema apasiona tanto a nuestras autoridades deportivas que no faltará su congreso universal madrileño de fútbol femenino, patrocinado por una comisión en la que figurarían destacadas personalidades del mundo del deporte y del espectáculo. Algunos teólogos morales se plantean la cuestión de si es lícito a la mujer parar la pelota con el pecho; se trata de una posición posibilista que ha desagradado a un 67,5 por 100 de la jerarquía eclesiástica. Según este importante sector equilibrador de las intemperancias nacionales, la cuestión moral no se reduce a la participación sectorial del cuerpo femenino en el deporte balompédico. La cuestión es más previa. ¿Cómo contempla la doctrina de la Iglesia la cuestión del fútbol femenino? La sorpresa ha sido importante al descubrir que no hay doctrina de la Iglesia sobre fútbol femenino. Muy hábilmente ha razonado cierta jerarquía eclesiástica que si no hay doctrina de la Iglesia sobre la cuestión no debería haber cuestión.

En su célebre estudio «Demostración científica de la existencia del hipopótamo y razonamientos medidos sobre su pertenencia a la especie de animal terráqueo», el notable ilustrado palentino Marco Antonio Alfonso de los Arroyos recurrió a la autoridad del cardenal primado a la sazón para demostrar la existencia del hipopótamo. Según Alfonso de los Arroyos, el excelentísimo y reverendísimo señor cardenal primado de la España de Carlos III había visto un hipopótamo metido en un tonel circense en Marsella, casi tierra de moros. Los defensores del fútbol femenino no se cansan de citar la autoridad moral que concede al fútbol femenino el hecho de haberse desarrollado varios partidos de esta guisa en la matinal navideña.

«¿Cómo es posible... razonaba el católico progresista más notorio de Tudela— que pueda impugnarse a la luz de la doctrina de la Iglesia lo que ha nacido en la esplendorosa mañana de la Navidad?».

En la misma línea lógica está la aportación de Lola Flores a la comprensión del problema. Se vistió de futbolista, pegó una patada a la pelota y exclamó: ¡Viva España!

No cabe duda que el consensus es extenso y polifónico y que, fatalmente, se dará un importante paso en la inapelable emancipación de la mujer.

SIXTO CAMARA